

del carro. Un sudor de angustia le corrió por la espalda, y no se atrevió á respirar libremente hasta que se encontró en el muelle. Una vez allí, fustigó al caballo y pocos minutos después llegó á la esquina de la calle del Dragón. Entonces se detuvo, y pasando del pescante al interior del carro dijo en voz baja :

— Ya hemos llegado, Leclerc. ¿Estáis en estado de apearos?

— Creo que sí. Aseguraos de que nadie nos observa.

Lerebourg saltó al suelo, y como no viese nada sospechoso, volvió al carro diciendo :

— El momento es propicio; bajad.

El telón que cubría la trasera del carro se entreabrió con grandes precauciones, y Saint-Regeant saltó á tierra. En seguida, volviéndose hacia Lerebourg, exclamó :

— Adiós, hombre generoso. Habéis arriesgado vuestra seguridad por mí; no olvidéis que os ofrezco mi vida en pago. Marchaos; no estéis un momento más aquí.

Y comenzó á alejarse, dejando á Lerebourg angustiado por esta separación, asustado de las consecuencias que podrían resultar, y acusándose de no haber hecho algún mayor sacrificio por aquel joven á quien amaba como á un hijo. Ahogó un suspiro, y habiendo visto desde lejos que el joven entró sin peligro alguno en el número 35, montó en el pescante, arreó al caballo, y, por los muelles, los campos Elíseos, y la plaza de la Revolución, llegó á su casa sano y salvo.

CAPÍTULO XIII

El joven Villiers había cumplido la misión que le dió Fouché con exactitud y rapidez ejemplares. Apenas se separó del ministro, tomó un tálburi y se hizo conducir á la Piedad, á través del entonces temible barrio de la plaza Maubert, donde se corría el riesgo de ser asaltado como en pleno bosque. Sin incidente alguno llegó á la puerta del viejo hospital construído en el reinado de Luis XIII, detrás del Jardín de Plantas y de la alhóndiga, é inmediatamente dió orden para que, en nombre del ministro de la Policía, despertasen al director. Cuando le tuvo en su presencia, un poco amodorrado del sueño que tan inesperadamente le acababan de interrumpir, en pocas palabras le puso al corriente del atentado, que ignoraba aún, y en seguida se llamó al médico de guardia. Á través de interminables corredores, el ciudadano Villiers fué conducido hasta el lecho donde, con los ojos cerrados, pálido, agonizante, yacía Braconneau.

— Este pobre diablo está bastante mal, — observó el secretario de Fouché.

— Es un milagro que no haya muerto al cabo de tres días que lleva en un estado parecido. El infeliz ha sido atravesado de parte á parte, y la bala, al buscar salida, ha lesionado la columna vertebral. Desde que entró en el hospital, no hemos podido notar en él un solo momento de lucidez. Vive... pero nada más.

— ¡ Demonio ! ¡ Y el jefe que parece conceder grandísima importancia á las revelaciones que podría hacer este hombre !

— El doctor Dupuytren ha venido esta mañana á ver el herido... cuyo caso, por ser muy difícil, le interesa... Cuando vuelva mañana le comunicaré los deseos expresados por el ciudadano Fouché, y él dirá.

— ¿ Creéis que empleando ciertos procedimientos, se podría conseguir que este cuerpo tuviera unos instantes de vigor ficticio ?

— El doctor Dupuytren es un hombre habil... Nosotros le exponremos la situación.

— Será conveniente prevenirle mañana mismo. Se trata de un asunto de Estado que no admite dilaciones...

— Es necesario contar con la naturaleza humana. Al pie del lecho de un moribundo, todo poder acaba.

— En fin, ciudadano, confío en vuestro celo. Preveniré al ciudadano ministro, y él se pondrá en relaciones directas con vos.

Todo parecía convergir para mayor tranquilidad de Saint-Regeant. Carbón, después de cometido el atentado, regresó tranquilamente al convento de las Damas Hospitalarias, y en cuanto á Limoelan, aún no se había extinguido la humareda de la explosión, cuando pasaba la Barrera de París apresurándose á poner veinte leguas de mal camino entre la capital y su persona. El día en que Villiers realizó su visita al hospital, Limoelan estaba cerca de Bretaña á donde se dirigía con el propósito de dar cuenta á Jorge de

la manera como se había realizado el hecho. Creyendo muerto á Saint-Regeant, no había juzgado necesario ocuparse de él para nada, porque para un rudo faccioso como él, acostumbrado á las matanzas de la vandeannería, la pérdida de un hombre suponía muy poco. De camino, había sabido la noticia de que Bonaparte estaba ileso, y esta seguridad no le sugirió más reflexión que la siguiente : « Será necesario repetir la suerte. » Una obscuridad completa se extendía sobre las circunstancias en que se había cometido el crimen y sus autores. El carro había quedado hecho astillas; el tonel y el cañón del fusil no eran más que ceniza, y únicamente pudieron encontrarse las dos patas delanteras del caballo. Los agentes de Dubois registraban en vano todo el barrio, mientras la policía de Fouché, inactiva, esperaba órdenes.

La única probabilidad que de conocer rápidamente la verdad existía, hubiera sido una estrecha vigilancia ante la casa de la calle del Dragón, pero Soufflard y Clemente continuaban estacionados frente á la posada de *El león rojo*. Sin embargo, una claridad repentina comenzó á iluminar de pronto estas tinieblas : hablando con Soufflard, un inspector había dicho que el caballo enganchado al carro sobre el que la máquina infernal había hecho explosión, era blanco. A estas palabras, el gigante se dió en la frente un manotazo capaz de romper una nuez, y soltando un juramento formidable se puso más encarnado que un gorro frigio.

— ¡ Ah, los canallas ! ¡ Ellos son ! ¡ Nos la han jugado de puño !

Y sin querer explicarse más, dejó á Clemente de guardia y se fué como alma que lleva el diablo en busca de Fouché. Eran las diez de la mañana, y ya el coronel Rapp había ido á pedir noticias de parte del emperador. No hubo más remedio que confesarle que no había ninguna, y este resultado engalló al ayuda de campo quien, entre despreciativo é iró-

nico, con tono que no dejaba duda alguna sobre la próxima desgracia de Fouché, concluyó su comisión diciendo al ministro que el Primer Cónsul le esperaba á las dos, antes de la sesión del Consejo de Estado. Fouché, triste y frío, como si no se tratara de su fortuna y de su libertad acaso, respondió que sería exacto á la cita. Quedóse sin saber de qué lado volverse, y encomendábase al azar, providencia de los policías, cuando Villiers hizo entrar en su gabinete al atleta Soufflard.

— Ciudadano ministro; este agente nos aporta un indicio serio, quizá el cabo del hilo por donde podamos llegar á la madeja. El carro que ha quedado reducido á astillas, en la esquina de la calle de Chartres, estaba tirado por un caballo blanco, y, probablemente, no llevaba un sólo barril, sino varios. Ahora bien; ayer, á eso de las seis, tres hombres llegaron á la posada de *El león rojo*, ha tiempo señalada como centro de reunión de los realistas, y cargaron dos toneles en un carro tirado por un caballo blanco.

— Uno de los barriles, — interrumpió Soufflard — contenía vino. Yo bebí de ello después de haber ayudado á los tres hombres á cargarlo...

— ¡ Ah! ¿vos ayudasteis? — exclamó Fouché — ¿Habéis hablado con esos tres hombres? ¿Qué señas tenían? ¿Altos, bajos, mal vestidos...?

— Tenían el aspecto de obreros, y nada de particular se notaba en el traje ni en sus maneras... Iban, según dijeron, á llevar vino al barrio de Antoine.

— ¿Y era vino?

— Lo de uno de los toneles, sí; puedo afirmarlo.

— ¿Y lo del otro?

— ¡ Ah, del otro, ciudadano ministro, no sé nada!

— Villiers — gritó Fouché — proveéos de un mandamiento judicial, y acompañad á este hombre á *El león rojo*; me

registraréis desde la bodega hasta el granero, deteniéndome á cuantos os parezcan sospechosos. Desde luego, traedme aquí al dueño, y asustadle un poco para que llegue dispuesto á hablar. Vos, Soufflard, volved á la calle del Dragón, y vigilad la casa que Braconneau juzgaba sospechosa.

Villiers y Soufflard salieron, y Fouché llamó á un timbre.

— Que venga el inspector que ha recogido las piezas de convicción en el lugar del atentado... Y que se indague inmediatamente en todos los barrios de París, si de alguno de ellos ha desaparecido un carro y un caballo blanco. Podéis retiraros.

En el mismo instante, un lacayo entró en el despacho, y dijo á Fouché con gran misterio que el director del Hospital de la Piedad solicitaba hablarle. La fisonomía de Fouché se animó, pero sin que la voz denotara la menor alteración, ordenó que hicieran pasar al funcionario. Luego se levantó, y con aquella sangre fría que era en él una fuerza maravillosa, se colocó ante el espejo del gabinete y se arregló los mechones de los cabellos.

— Y bien, ciudadano director — exclamó volviéndose para recibir al visitante — ¿qué hay de nuevo? ¿Han obtenido vuestros médicos algún resultado?

— Sí, — ciudadano ministro — aunque menor del que yo deseaba. Sin embargo, algo hemos conseguido. El joven doctor Dupuytren y el doctor Brusais, han unido toda su ciencia y sus esfuerzos para arrancar á ese moribundo de su inmovilidad y de su atonía. Brusais ha sangrado á Braconneau...

— ¿Todavía? ¡ Un infeliz que no tenía ya gota de sangre en las venas!

— El doctor Dupuytren le ha aplicado moxas en la nuca... ¿Ha sido una medicación? ¿ha sido la otra? No lo sé; pero Braconneau ha reanimado...

— ¡ Pronto ! ¡ Vamos allá !

— Sería inútil, ciudadano ministro; ha vuelto á caer en el coma... Durante los minutos que ha estado lúcido, le he narrado el suceso de la calle de San Nicasio... Pareció que resucitaba... Á despecho de la sangría de Brusais, se puso violentamente encarnado, y gritó : « ¡ Saint-Regeant ! Estoy seguro ! »

— ¿ Estábais solo, cuando ha dicho eso ? — preguntó Fouché.

— Con los dos médicos. Pero estad tranquilo, — ciudadano ministro; para ellos, como para mí, es un secreto profesional...

— Después...

— Hemos hecho aspirar un poco de éter al moribundo, que había caído nuevamente en un acceso de debilidad... Entonces se reanimó y me dijo : « Escribid... para el ciudadano Fouché. » Y me dictó, con esfuerzos que le condujeron á la agonía, las tres líneas que os traigo. Acaso vos las podáis comprender, porque para mí, son incoherentes y me parecen la expresión del delirio...

Y entregó á Fouché un papel sobre el que pudo leer estas palabras : « En *El gorro azul*... se sabe... Saint-Regeant-Victor Leclerc... ciudadana Lerebourg... calle del Dragón... »

Cuando hubo leído esta mezcla de palabras, que parecían formar un rompecabezas, Fouché colocó el papel sobre la mesa, dió las gracias al director de la Piedad por su diligencia, y una vez solo, se puso á reflexionar sobre los diversos sentidos que podía ofrecer la misteriosa esquelá. Para él, la exclamación del policía « Saint-Regeant, estoy seguro... » al enterarse del atentado de la calle de San-Nicasio, era el único punto claro de toda la narración del director. Braconneau no dudaba : era Saint-Regeant el autor de la explosión, y nada más verosímil, en efecto. El vandeano había venido á Paris

con Jorge y con Hyde, y estos dos habían regresado á sus puestos después de la entrevista con el Primer Cónsul, mientras el primero quedaba en la ciudad para ejecutar las órdenes de la junta realista. Fouché cogió nuevamente el papel y comenzó á estudiar « En *El gorro azul*,... sesabe. » *El gorro azul* ¿ qué comercio era ese ? La excelente y fidelísima memoria del ministro le proporcionó en seguida los necesarios detalles. El dueño de la tienda era un tal Lerebourg, muy adicto al gobierno, proveedor de madama Bonaparte y de la corte consular. No podía sospecharse de un hombre de tal naturaleza pero, al lado de él ¿ qué gentes rondaban sobre las cuales pudiera recaer una sospecha ? Fouché no atinaba á discernirlas, se veía impotente para descorrer el velo que ocultaba lo que relacionado con el asunto pudiera existir en *El gorro azul*. Y, sin embargo, era indudable que allí había un secreto, el secreto que Braconneau había resumido en unas cuantas palabras sin conexión aparente, pero que, en realidad, debían facilitar toda la explicación del problema. Por tercera vez, el ministro cogió el papel, le leyó, y reflexionó sobre cada palabra... Permaneció un momento silencioso y al cabo de él, dió un papirotazo en el papel y se puso á reir silenciosamente.

Fué una risa prolongada, victoriosa : Fouché había encontrado ya la palabra-clave del enigma. Actualmente, estaba seguro de tener á su disposición la cabeza de los culpables. La aproximación de dos nombres « Saint-Regeant-Victor Leclerc » había sido un relámpago que iluminó de pronto las tinieblas en que hasta entonces se debatía. Se acordó del relato que Braconneau le hizo sobre el encuentro de Lerebourg con Victor Leclerc, de la rápida intimidación de los dos hombres, y, sobre todo, de la simpatía demostrada por la ciudadana Lerebourg, vandeana, al vandeano Saint-Regeant. Á partir de aquí, lo demás era muy sencillo. *Se sabía*

en *El gorro azul* todo lo que Fouché con tanto afán buscaba : dónde estaba Saint-Regeant, cómo había sido cometido el crimen, por quién, y en qué asilo se habían refugiado los asesinos. Para enterarse de todo ello, bastaba poner á buen recaudo al personal de *El gorro azul*, y ya el ministro levantaba la mano para llamar, cuando un pensamiento repentino le detuvo. ¿Á quién detener en *El gorro azul*? ¿Quiénes eran los cómplices y cuántos habría allí? Prender á Lerebourg y á su mujer, bien; pero dejar en libertad á los comisionistas, á las dependientes, al mozo... ¿no habría entre todos ellos un afiliado cuidadoso que avisaría inmediatamente á Saint-Regeant? Nuevamente volvió á coger el papel, y esta vez, á poco andar en sus reflexiones se detuvo frunciendo las cejas. Él, hombre frío y reflexivo, acababa de sorprenderse en flagrante delito de precipitación y de aturdimiento. Había despreciado estas dos palabras decisivas : « ciudadana Lerebourg.. » « ciudadana Lerebourg » — calle del Dragón... Sí, no había duda; este era el sitio donde se escondía Saint-Regeant, donde acaso estuviese oculto aún... Y las palabras « ciudadana Lerebourg » al lado de « calle del Dragón », parecían indicar que la esposa del comerciante tenía relaciones de visita en aquel sitio. ¿Por qué y á título de qué?

Fouché no dudó un momento en conceder al amor una gran parte en el problema, y concibió grandes esperanzas. Si tengo la suerte, pensaba, de que esta Lerebourg sea la querida de Saint-Regeant, estoy al cabo de la calle. Pero no vayamos muy de prisa; tomémonos tiempo para combinar el plan. La calle del Dragón está vigilada; *El gorro azul* no se marchará de donde está. Tengo en mi poder los hilos de la conspiración, y me hallo ya en condiciones de discutir victoriosamente con el Primer Cónsul cuando me vea con él antes de la sesión del Consejo de Estado. Ahora será un placer ir á encontrarle : él no tiene rival en el campo de batalla, yo no

reconozco superior en el terreno de la policía... : trataremos de potencia á potencia.

Fouché se hirzo servir la comida en un velador, en su cuarto de trabajo, y ordenó al secretario Villiers que, á las cuatro, fuera con un carruaje á *El gorro azul* y rogara á la ciudadana Lerebourg que tuviera la bondad de venir á hablar con él.

— Si os pregunta para qué la llamo, le diréis que se trata de un pedido de géneros que deseo hacerle personalmente. Id con semblante risueño, de manera que no se asuste, y procurad tranquilizarla si se inquieta, asegurándola que no se trata de ningún asunto de policía. Pero no la perdáis de vista un solo instante ni consintáis que tome cosa alguna... no quiero envenenamientos. Si por casualidad interviene el ciudadano Lerebourg y quiere acompañaros en lugar de su esposa, no lo consintáis. Finalmente, si encontráis una resistencia cualquiera, sea por parte del marido ó de la mujer, detenedlos y poned un agente á cada esquina de la puerta de la casa de manera que nadie, ni el portero, pueda salir sin orden. ¿Me habéis comprendido? Bueno. Decid que preparen mi carroza; me voy á las Tullerías.

Era la una de la tarde cuando llegó Fouché á la antecámara que precedía á las habitaciones del Primer Cónsul, y en seguida fué introducido á presencia de Bonaparte, que estaba de conferencia con Real, Thibeaudeau, Defermón, y el almirante Truget, adictos todos á la persona del Primer Cónsul, pero bajo muy diferentes manifestaciones. Defermón y Truget conservaban su ruda franqueza de expresión, pero ambos jacobinos eran á la sazón acabados cortesanos. Bonaparte dirigió á Fouché un movimiento de cabeza á guisa de saludo, y continuó hablando tranquilamente, como si el ministro de Policía estuviese enterado de cuanto se había dicho antes de su llegada :

— Yo no pienso en mí, sino en el orden público que tengo la misión de garantir y de conservar. Estoy tan convencido de que precisa adoptar una medida de represión, que, si fuese necesario, no vacilaría en constituirme, yo solo, en tribunal para juzgar á los traidores á quienes se debe sentar la mano con toda urgencia. Hace falta condenar á quince ó veinte de esos bandidos, y deportar á un par de cientos... Sólo así podremos estar tranquilos.

En medio del silencio general que siguió á estas palabras, el almirante Truget tuvo el valor de responder á Bonaparte :

— Se habla de destruir á los escelerados, pero es necesario decir que los hay de distintos géneros. No se trata solamente de los revolucionarios; existen también los emigrados, que han repasado la frontera en masa y que amenazan ya á los adquirentes de bienes nacionales; hay los vandeanos en armas, que continúan su guerra de guerrillas en los páramos de Bretaña y hay los curas, que han vuelto á levantar la cabeza y que inflaman los espíritus en los pueblos del Mediodía, preparando una contrarrevolución...

— ¡Vamos, ¡ciudadano Truget! — repuso el Primer Cónsul — ¿Creéis sinceramente que unos cuantos ancianos procedentes del destierro, que no desean más que vivir en paz, y que varios sacerdotes que han abandonado sus retiros, pueden amenazar el orden público? ¿Habrá que declarar por ellos la patria en peligro? ¡No! El peligro viene de los septembrinos, y para vosotros tanto como para mí. ¿Creéis que esas gentes no os detestan? Todos tenéis fama de realistas, y ellos no se recatan para gritar por todas partes que sois unos traidores. ¿Será necesario que os haga embarcar para Sinnamari ó Madagascar y que forme mañana mismo un consejo de gobierno á lo Babœuf? No pienso dejarme engañar nuevamente, y, por ahora, ya sé dónde es necesario dejar caer la mano.

Ante esta afirmación, Fouché hizo un ademán tan elocuente de protesta, que Bonaparte se detuvo en su arenga, y miró fijamente al ministro de Policía esperando una explicación. Mas Fouché permaneció silencioso, la mirada en el suelo, con el aire de un hombre decidido á reservar sus confidencias. Entonces, el Primer Cónsul se volvió hacia sus auditores y continuó :

— Bueno, ciudadanos; cuento con vosotros para que me ayudéis á adoptar las medidas que se juzguen oportunas. Esperadme en el Consejo de Estado, que allí me reuniré con vosotros dentro de un instante.

Cuando hubieron salido, Bonaparte se dirigió hacia Fouché que conservaba su rostro de misterio :

— ¿Qué significa vuestra pantomima, ciudadano ministro?

— Significa, general, que deseaba deteneros en el momento en que íbais á formular afirmaciones que no hubiérais podido sostener.

— ¿Por qué no?

— Porque los acaecimientos desbaratan todas vuestras previsiones.

— ¿Conocéis á los autores del atentado?

— Conozco al principal; y en cuanto á los cómplices, no tardarán en ser descubiertos.

— ¿Y quién es ese miserable?

— El señor de Saint-Regeant.

— ¿El compañero de Jorge y de Hyde de Neuville?

— El mismo.

Bonaparte se quedó pensativo, y evocó la figura de aquel vandeano, fuerte y vigoroso, que en el salón de las Tullerías discutía con él sobre el porvenir de Francia defendiendo los derechos de la realeza. Le pareció escuchar todavía la voz calurosa y enérgica de aquel bravo soldado, á quien de

buena gana hubiese colocado á la cabeza de un regimiento para lanzarle al asalto de un reducto en día de batalla, utilizando en servicio de Francia su ardor y su valentía. ¿Y era ese hombre quien por un interés de partido había sembrado en torno de sí la muerte, cruelmente, inútilmente? ¡He ahí á qué excesos de brutalidad y de cobardía puede conducir la política á un joven inteligente y valeroso!

— ¿Está en vuestro poder? — preguntó Napoleón con tono resuelto.

— Todavía no, pero es cuestión de horas; antes de mañana lo estará. Sé á dónde ir á buscarle y cómo prenderle.

— Sí, pero los instigadores, los Jorge, los Riviere, los Polignac, los Príncipes, que ordenan tales atrocidades, esos escapan. ¡ Ah ! ¡ Que anden con cuidado ! Porque el día que me canse, soy capaz de atravesar la frontera en busca de uno de esos Borbones, y hacerle juzgar militarmente y fusilarle acto continuo como responsable.

En el paroxismo de la cólera, cogió el sombrero que tenía sobre la mesa y le arrojó violentamente al suelo. Después, atravesando á grandes zancadas la habitación, le llevó á puntapiés hasta el cabo como si con tal ejercicio calmara la exasperación de los nervios.

En este momento entró Bourriene con la cartera del Primer Cónsul, y viendo el sombrero por tierra le cogió, deshizo sus abolladuras, y dijo á Bonaparte :

— General, el Consejo de Estado acaba de reunirse y os espera.

— Bueno, ciudadano Fouché — terminó Bonaparte ya un poco más calmado — trabajad sin perder tiempo y tenedme al corriente de cuanto vayáis descubriendo. No hay otra cosa que me interese más en este momento.

Tomó la tabaquera de sobre la mesa, y despidiendo á Fouché salió con el secretario.

En *El gorro azul*, el día tan afortunadamente comenzado con el traslado de Saint-Regeant á la calle del Dragón, iba transcurriendo en las ocupaciones habituales, bien triviales por cierto para personas atormentadas de inquietudes. Lerebourg no osaba decir á su mujer una palabra sobre Victor Leclerc, pareciéndole que pronunciar este nombre era peligroso y que, alrededor de su casa, y entre los mismos dependientes y amigos, había una atmósfera sospechosa como si el conspirador hubiese dejado tras de sí una olorosa estela de pólvora y de sangre. Creía descubrir no sabía qué raras actitudes en los clientes y por todas partes sospechaba la presencia de misteriosos espías. Ni su mujer ni él habían podido comer, invadidos por una angustia irresistible. Á las dos, Lerebourg salió de casa, pero no para asuntos relacionados con su negocio, como era de costumbre, sino para ver, para escuchar, para informarse. Entró en el café Lamblin, y allí encontró algunos conocidos que gritaban su indignación por el atentado, horrorizados, sobre todo, por la muerte de la hija del calderero.

— ¡Comprendéis que un miserable como ese haya tenido la ferocidad de hacer que la niña le sujetara el caballo, sabiendo que iba á ser despedazada? ¡ Esos bandidos están acostumbrados á descuartizar ! Ante monstruosidades parecidas, está uno dispuesto á lamentar que no existan ya las antiguas formas de suplicio.

La debilidad de Saint-Regeant, que le había hecho diferir la explosión el tiempo necesario para que la muchacha pudiera escapar, y que había salvado la vida á Napoleón, no impedía que las gentes le execraran creyéndole capaz de un refinamiento de crueldad como el de que le acusaba el preopinante. Lerebourg, que había tenido ocasión de oír á

Victor Leclerc lamentarse del horrible fin de aquella muchacha, escuchaba con gran tristeza la reclamación de sus amigos, pidiendo el castigo del asesino.

— Se dice que Bonaparte, cansado de las repetidas conspiraciones de los terroristas, va á realizar otro Fructidor y á limpiar el país de esos monstruos que después de haber derramado tanta sangre, aún tienen la osadía de agitarse!

— También se dice que han sido los vandeanos, que han querido derrocar al Gobierno y restablecer la monarquía.

— Verdad es, que si hubieran matado al primer Cónsul...

— ¿Quién hubiera podido coger las riendas del Gobierno?

— De seguro que no sería su hermano José...

— Mas bien Luciano. Fué muy enérgico en el 18 Brumario...

— ¿Qué son todas esas gentes sin Bonaparte?

— Tenéis razón: sin Bonaparte no hubiera habido más que la anarquía... de la que saldríamos con el Directorio... ó con los Borbones...

— Y tendríamos que ajustar cuentas con los emigrados. ¡No! ¡no! ¡no! Que la Providencia nos conserve á Bonaparte... y que le nombren Cónsul perpetuo, á ver si así estamos tranquilos de una vez.

— ¿Se sabe si la policía ha encontrado algún indicio que le permita descubrir á los culpables?

— Parece que Dubois ha enviado á provincias á sus mejores agentes...

— ¿Y Fouché?

— Fouché es impenetrable. Está en desacuerdo con el Primer Cónsul... Se reserva...

— Entonces es que va á dar un golpe sobre seguro. Ese es el más inteligente de todos.

Mientras que Lerebourg comprobaba la violenta indignación del pueblo parisiense contra los autores del atentado, su

mujer, abrasada por la fiebre, se había encerrado en la habitación huyendo de las miradas interrogadoras, y allí se entregó por completo al abatimiento y al dolor. Hacía una hora que se hallaba tendida en un sofá esforzándose por alejar de sí todo pensamiento, cuando llamaron discretamente á la puerta y entró en seguida la doncella.

— Ahí hay un caballero que desea hablar con la señora, para asuntos del comercio.

— Conducidle á la tienda, donde una de las dependientes...

— Quiere hablar expresamente con la señora...

Emilia se levantó con un brusco movimiento de enfado:

— ¿Quién es ese ciudadano?

— Un joven, elegante, muy fino...

— Bueno; hacedle entrar en el despacho de mi marido...

Arregló el lazo de sus cabellos que se había deshecho, y llena de angustia, se dirigió hacia la habitación vecina. Villiers, con aire tranquilo y risueño, la esperaba:

— Os ruego que me perdonéis, ciudadana — dijo — si he insistido en veros... Traigo encargo del ciudadano Fouché de rogaros que hagáis el favor de ir á su casa...

— ¿El ministro de la Policía? — gritó Emilia.

— No, ciudadana, — rectificó dulcemente Villiers — el ministro de la Policía, no; el ciudadano Fouché... No he venido á vuestra casa en comisión de servicio policiaco, sino como un simple particular. Creo que se trata de asuntos relacionados con vuestro comercio de modas... El mismo Fouché os lo explicará...

— ¿Debo ir en seguida?

— Si sois tan amable...

— Mi marido está ausente... estoy sola en la tienda...

— Estaréis de vuelta dentro de una hora... Tengo el coche á la puerta...

— ¿Es necesario acompañaros?

— Eso será más cómodo para vos. Estoy autorizado á prescindir de todas las consignas para no haceros esperar...

— ¿Puedo escribir una palabra á mi marido?

— ¿Para qué? Seguramente volveréis antes que él.

— Ciudadano, confesad que me arrestáis.

— ¿Por qué? ¿Acaso soís culpable de algo?

Emilia comprendió que si continuaba hablando así, en su aturdimiento, se perdería sin remedio. Hizo un gesto de desesperación; una palidez lívida le cubrió el rostro y sus bellos ojos, hundidos bajo las arcadas ciliares, se tornaron sombríos.

— Voy á ponerme un manto y un sombrero...

— Pedídselos á la doncella.

Emilia no se atrevió á insistir; llamó y pidió las prendas citadas.

— Si mi marido viene antes que yo, decidle que vuelvo en seguida.

Luego se volvió hacia Villiers, y pensando en Saint-Regeant, al que hacía falta salvar; en su marido, al que á toda costa quería defender, y en ella misma, recobró un poco de energía y le dijo con tono firme :

— Cuando gustéis. No es necesario pasar por la tienda : bajaremos por la escalera del piso.

Por aquella misma escalera había descendido Saint-Regeant por la mañana para salvarse dentro del carro de Lerebourg. Emilia recordó aquella salida, y una violenta inquietud la poseyó al darse cuenta de que en las pocas horas transcurridas, ya Fouché parecía estar en posesión del espantoso secreto.

Efectivamente; de manera fortuita, inesperada, iban llegando á poder del ministro de Policía detalles de una importancia capital. El primero provino de una taberna de la barrera de Vaugirard donde un agente vestido de paisano,

que tomaba una taza de café, había sorprendido la conversación de un hortelano que decía al camarada con quien bebía una botella de vino :

— Casi apostaría á que sé yo dónde compraron el caballo blanco y el carro que volaron en la calle de San-Nicasio.

— ¡ Bah !

— Te digo que sí. Si el caballo tenía una grieta en el casco de la mano izquierda, con un principio de hormiguillo, y un tumor por encima de la cuartilla, es el mismo.

Precisamente, el policía que tales cosas escuchaba era uno de los que habían recogido los restos del carruaje y las dos patas delanteras del caballo, asistiendo más tarde al examen pericial llevado á cabo. Y recordaba que, en efecto, el caballo blanco tenía una grieta y un hormiguillo; en cuanto al tumor, no había parado atención en él... No hizo falta más para que al salir de la taberna, el hortelano se encontrara abocado por el agente, y poco después camino del ministerio de la Policía en un ligero cabriolé. Interrogado por un comisario, asustado por hábiles amenazas, y un poco maltratado también, el hombre acabó « cantando » cuanto sabía. Y lo que sabía era gravísimo. Según él, un tal Francisco, portero en el convento de Damas Hospitalarias de la calle de Nuestra Señora de los Campos, había comprado por ciento cincuenta libras á un sillero llamado Poliveau, un carro viejo y un caballo cojo, con la condición de entregarlos en el día y hora en que al comprador le placiera llevarlos. Y precisamente, la víspera del atentado fué cuando el citado Francisco se hizo cargo de su adquisición. Poliveau le había contado al hortelano todo eso, y gozosísimo de haber logrado deshacerse de aquel desvencijado carruaje y del matalón cojitranco, envaneciase del escelente negocio y comunicaba á todo el mundo sus propósitos de adquirir nuevos carruaje y cabalgadura con beneficio positivo de sus necesidades

comerciales. Apenas acabó de hablar, cuando, disparados como flechas salieron del ministerio dos agentes : uno, en dirección á Vaugirard para detener al sillero; otro al convento de las Damas Hospitalarias para colocar á buen recaudo la persona del portero Francisco. Por tan inesperados caminos, la suerte de Fouché se manifestaba desde el principio de las investigaciones, colocando al alcance de su mano los elementos de una información que le permitiría llegar rápidamente al resultado apetecido.

Y mientras Villiers descendía las escaleras de *El gorro azul* acompañando á madama Lerebourg para conducirla ante su jefe, este saboreaba de antemano la áspera satisfacción de la buena marcha de las indagaciones que debían asegurarle el éxito definitivo.

CAPÍTULO XIV

— Entrad, ciudadana — dijo Villiers á Emilia abriendo la puerta de la habitación de Fouché — el ministro os espera. Y no tembléis así, que parecéis una culpable.

La señora de Lerebourg dirigió al secretario una mirada interrogatoria, pero le vió tan sonriente y tan amable como lo había sido durante todo el trayecto en el carruaje. Tal actitud pareció infundirla un poco de confianza, y afirmando su pensamiento, entró. Fouché, sentado delante de una mesa cubierta de libros y papeles, la cabeza inclinada sobre un legajo que parecía estudiar con gran interés, preguntó sin moverse :

— ¿Es la ciudadana Lerebourg?

— Sí, ciudadano ministro — respondió Villiers.

— Bien. Sentaos, ciudadana. Soy con vos al momento.

Villiers salió. Emilia se sentó en una butaca y, tímida-mente, volviéndose hacia el terrible personaje de quien dependía la suerte de Saint-Regeant, le examinó á la descuidada. La cabeza angulosa, la faz amarilla, la frente desembarazada y, sobre todo, aquellos ojos tristes, enrojecidos, ribeteados, del ministro de Policía la espantaron. « El